

Staremberg con su derrotado ejército prosiguió en retirada camino de Zaragoza, donde entró el 25 de diciembre (1710), siempre acosados sus flancos y retaguardia por Vallejo, Bramonte y Mahoni, que iban cogiendo prisioneros en gran número, entre ellos el destacamento de Villaroel, compuesto de mas de quinientos soldados alemanes y de oficiales de todas las naciones. Permaneció el general austriaco en Zaragoza hasta el 30, en que habiendo recogido cuantas tropas pudo, partió para Cataluña, y pasando el Cinca y el Noguera, no paró hasta Balaguer, flanqueándole siempre los nuestros, que entraron tambien en el Principado, y se apresuraron á reforzar las guarniciones de Mequinenza, Lérida, Monzon, y algunas otras que se habian mantenido fieles. El denodado vencedor de Brihuega y Villaviciosa, marqués de Valdecañas, siguió igualmente en pos de los enemigos á Zaragoza, y se internó tras ellos en Cataluña. El rey don Felipe, despues de haberse detenido en Sigüenza hasta el 24, esperando la reunion de las tropas diseminadas, y despues de haber enviado ocho batallones y ocho escuadrones á reforzar y cubrir la frontera de Portugal, prosiguió, aunque mas lentamente, camino tambien de Zaragoza, donde no llegó hasta el 4 del inmediato enero (1711).

Allí instituyó Felipe V, la festividad religiosa llamada de *los Desagravios* del Santísimo Sacramento, que era una funcion que mandó celebrar anualmente en todas las parroquias del reino el domingo inmediato al día de la Concepcion de Maria Santísima, ya en conmemoracion y agradecimiento de los dos gloriosos triunfos que Dios habia concedido á las armas católicas en los días 9 y 10 de diciembre, ya en manifes-

Brigadier, don Francisco Valanza.  
Coronel, don Vicente Fuen-buena.  
Idem, conde de Salvatierra.  
Idem, don Bartolomé Ladron.  
Idem, don Juan de Cigarrote.  
Idem, don Mateo Cron.  
Otros ocho coroneles.  
Mas de cuarenta tenientes coroneles.

## DEL EJÉRCITO ENEMIGO

## Muertos

El general holandés, Belcastel.  
El general inglés, lord Hamilton.  
Muchos brigadieres, coroneles, etc.

## Prisioneros

Lord Stanhope, general de las tropas inglesas.  
Saint-Aman, mayor general de las holandesas.  
M. de Franquemberg, jefe de las palatinas.  
General Wetzel, holandés.  
Y otros muchos oficiales generales de distincion.

Además de las noticias que dan de esta célebre batalla los historiadores contemporáneos, marqués de San Felipe, Fr. Nicolás de Jesus Belando, don Melchor Macanaz y otros, se publicaron varias Relaciones particulares, entre ellas una titulada: *Relacion de Relaciones de lo sucedido etc.*; la que escribió el caballero de Villeriu, francés; y el *Viage Real del Rey Nuestro Señor*, que publicó de orden de Su Majestad don Pablo de Monestrucho. — Nosotros hemos seguido con preferencia la que hace en el capítulo 166 de sus Memorias manuscritas don Melchor de Macanaz, testigo ocular de ambas jornadas, el cual rectifica las inexactitudes de las otras relaciones, y explica las razones que tuvo cada cual para escribir como lo hizo.

El rey mandó batir una medalla en memoria del triunfo de Villaviciosa, que representa en el anverso el busto del rey con un lema latino, en el reverso una Victoria con una palma en la derecha y una corona de laurel en la izquierda, con otro lema en latin. En 1734 se creó en conmemoracion el *regimiento de dragones* llamado de *Villaviciosa*, y en el escudo de los estandartes se puso: *In Villaviciosa victor et vindes*.

«Nunca (dice el marqués de San Felipe en sus Comentarios, hablando de Staremberg), nunca tuvo general alguno de ejército mas presencia de ánimo en accion tan sangrienta, vária, y trágica: decian sus propios enemigos que solo él podía haber sacado formada aquella gente, que salió vencida del campo, pero no deshecha; y si hubiera tenido tan fuerte caballería como infantes, hubiera obtenido la victoria: dos veces vió de ella la imagen; tres rechazó la infantería española; pero desamparado de sus alas, y cargado de ocho mil caballos resueltos á morir ó vencer, cedió á la fortuna del rey Felipe y al valor de sus tropas.»

tacion del dolor, sentimiento y horror por los ultrajes, profanaciones y sacrilegios cometidos por los enemigos en los templos, imágenes y vasos sagrados durante su pasajera y efímera dominacion en Castilla.

Casi al mismo tiempo que marchaban tan en bonanza para el rey don Felipe los sucesos de la guerra en Castilla y Aragón, penetraba en Cataluña el general francés duque de Noailles con las tropas del Rosellon, en conformidad á lo acordado con el rey y con Vendome en el consejo de Valladolid. A mediados de diciembre (1710) comenzó el francés á molestar la plaza de Gerona, objeto de sus designios, no obstante de haberse llenado aquellos caminos y montañas de voluntarios catalanes. En medio de los rigores de un crudo invierno apretó el sitio de aquella importante y fuertísima plaza. Aunque él y sus tropas pasaron infinitas molestias, privaciones, entorpecimientos y trabajos, empeñóse en esta empresa el de Noailles con tanto ahinco, y tanto y con tanto afán trabajó é hizo trabajar á sus soldados, á fin de conquistarla antes que pudiera ser socorrida de los aliados ó de los naturales, que sin acobardarle las lluvias y las inundaciones que con frecuencia deshacian sus minas y sus obras de ataque, ni desalentarle el valor y la resistencia de los sitiados, poco á poco se fué apoderando de torres, puertas y bastiones, y el 25 de enero (1711) logró rendir la plaza por capitulacion. En cumplimiento de sus artículos hizo su entrada en Gerona el vencedor duque de Noailles el 1.º de febrero, señalándola con un bando de perdon general, que hizo publicar á nombre del rey de Castilla para los naturales que volvieron á su obediencia y le prestaran sumision. Hicieronlo así muchos habitadores de aquella veguería que antes se habian retirado á las montañas. Siguiéron su ejemplo los de la Plana de Vich, ansiosos de gozar de la seguridad y sosiego que se les ofrecia. Y de esta manera quedó desde entonces Gerona y el país comarcano del Ampurdan sometido á la obediencia del rey católico. Pasó el de Noailles á Zaragoza, y el rey don Felipe en premio y recompensa de tan señalado servicio le hizo merced de la grandeza de España, y dió el Toison de oro á los dos tenientes generales Beaufront y Estayre (1).

La fortuna volvía ahora en todas partes su risueño rostro á los que pocos meses antes se le habia mostrado torvo y severo: los que en agosto de 1710 habian sido vencidos y arrojados de Zaragoza, y en diciembre volvieron á la misma ciudad coronados de laureles, seguian recogidos en los campos que nuevamente iban recorriendo. El marqués de Valdecañas tomaba á Estadilla haciendo prisionera su guarnicion; apoderábase de Benabarre y Graus, y sometia todo el país de Ribagorza. Los aliados no se consideraron bastante fuertes para esperarle en Balaguer, retiraron de allí cuanto tenian, y á su aproximacion abandonaron aquel puesto que tanto habian fortificado, y en que tanto tiempo habian permanecido, ocupándole en seguida el de Valdecañas, y cogiendo ocho cañones y dos morteros que no pudieron llevarse los enemigos. Entre tanto el comandante general que operaba en Valencia, don Francisco Gaetano, rendia la plaza de Morella, desembarazando por aquella parte los confines de Cataluña. Una brigada de wálones se apoderaba del castillo de Miravet (28 de febrero de 1711), haciendo tambien prisionera de guerra su guarnicion. Poco mas adelante (marzo) eran deshechos los miqueletes de la veguería de Cervera, y ocupada la ciudad de Solsona; y el infatigable marqués de Valdecañas marchaba contra Calaf, que los enemigos abandonaron tambien al saber que se aproximaba, y deshacia un cuerpo de voluntarios en la Conca de Tremp, quedando de este modo libre la comunicacion en aquellas montañas de Cataluña. Y hubiera este intrépido general ido mas adelante y activado mas sus operaciones, á no detenerle la falta de granos y demás provisiones que tenia que recibir de Castilla.

Viendo Staremberg que era temeridad luchar contra la

(1) San Felipe, Comentarios, tom. II.—Belando, Hist. civil, tomo I, cap. 83.—Macanaz, Memorias, cap. 180.—Halló Noailles en Gerona cincuenta piezas de bronce, otras tantas de hierro, gran cantidad de provisiones de boca y guerra.

fortuna; que los españoles se habian adelantado hasta Balaguer y Calaf; que dominaban el territorio del valle de Aran y el llano de Vich; que no le quedaban en el Principado mas plazas de consideracion que Cardona, Tarragona y Barcelona; que faltaban medios para formar otro ejército; que Inglaterra y Holanda se manifestaban resueltas á no enviar mas soldados á España, limitándose á mantener la guerra en Flandes, que por el contrario el gobierno español se ocupaba activamente en levantar reclutas y formar nuevos cuerpos; que de Castilla eran enviados á Cataluña ocho mil fusiles y mas de cien cañones; que entre tropas españolas y francesas llegaron á juntarse sesenta y dos batallones y ochenta escuadrones, sin contar los que escoltaban los convoyes y guardaban las plazas, pidió, como prudente, licencia para retirarse. Mas como no la obtuviese, se aplicó á fortificar y proveer las plazas de Tarragona y Barcelona, y con los cortos socorros que pudo lograr acampó en Igualada y Martorell, bien que sin otro efecto que el que luego veremos. Valdecañas situó el suyo entre Cervera y Tárrega. Allí permanecian ambos ejércitos cuando llegaron á Lérida los generales franceses Vendome y Noailles.

Pero dos sucesos, ambos inopinados, y ambos de igual indole, vinieron como á entibiar el ardor de la campaña y á influir poderosamente en el resultado futuro de esta larga guerra. El uno fué la muerte del delfin de Francia (14 de abril, 1711), padre del rey don Felipe V, que sucumbió víctima de las viruelas, á los cuarenta y nueve años y medio de edad; suceso que afectó mucho al rey su hijo, y mas por haber coincido con una peligrosa enfermedad que á la sazón estaba padeciendo la reina. El otro, de mas influencia todavia, fué el fallecimiento del emperador de Alemania (17 de abril), alma y sosten de la confederacion y de la guerra; y así por esto, como por suponerse ó calcularse que podría ser llamado el archiduque Carlos á ocupar aquel trono, como lo deseaban las potencias marítimas, con la esperanza de que así podría realizar mejor el antiguo proyecto de la division de la monarquía española, mudaba de todo punto el semblante de las cosas, variaba el aspecto de la cuestion que habia producido la lucha, el rey Cristianísimo tomó con menos calor el mantenimiento de la guerra en España, fundado en que el archiduque seria llamado á Alemania, y el mismo Felipe suspendió el sitio de Barcelona que tenia proyectado.

Y así fué, que no tardó el archiduque en ser instado por los electores del imperio, y por su madre y parientes, para que se trasladara á Viena dejando la pretension de España, á lo cual él se mostró resuelto. De modo que con esto, y con no haber vuelto Inglaterra y Holanda á enviar socorros de tropas á los aliados, y con ser muy cortos los que de Italia habian recibido, y con el recuerdo de las pasadas derrotas, estuvo Staremberg frente de nuestro ejército sin atreverse á acometerle, y aun tuvo la mayor parte de él que acercarse á Barcelona para proteger la marcha del archiduque.

Tampoco Vendome emprendió nada, ya por la falta de provisiones, culpa y malicia de sus asentistas, que estaban abusando con escándalo de la bondad de aquel general, ya porque el duque de Noailles, rival del de Vendome, se propuso deslucir sus operaciones, poniéndole embarazos á todo, y dejando consumir el ejército en una inaccion injustificable. Solamente se tomó Benasque, y poco mas adelante se rindió la fortaleza de Castel-Leon en lo alto de la montaña, siendo de admirar la operacion difícilísima de subir los soldados á brazo la artillería hasta lo mas encumbrado de los Pirineos. Por último, resuelto el viaje del archiduque á Alemania, dióse á la vela en el puerto de Barcelona con rumbo á Italia en una escuadra inglesa (27 de setiembre, 1711), quedando Staremberg de virey y capitán general de Cataluña. Situóse entonces el general aleman con todas sus fuerzas en Prats de Rey: salió el de Vendome de Cervera á buscarle con las suyas: pusieronse ambos ejércitos á la vista teniendo de por medio el rio; pero lo mas que consiguió el mariscal francés fué que el austriaco retirara su campo á las alturas, lo cual facilitó á Vendome apoderarse de Prats de Rey á la vista de su enemigo.

Bien penetrado Staremberg de que sus fuerzas no podian

resistir un ataque formal de las de Vendome, trató de distraerle intentando una sorpresa sobre Tortosa (octubre, 1711); pero sus tropas fueron vigorosamente rechazadas con pérdida de quinientos prisioneros y otros tantos entre muertos y heridos. Paralizado nuestro ejército, siempre por la falta criminal de provisiones, al fin sitió, atacó y rindió á Cardona (noviembre, 1711); no así el castillo, donde los enemigos se retiraron, merced á la malísima colocacion de las baterías, acaso por inteligencia del jefe ingeniero con el duque de Noailles para deslucir al de Vendome. Es lo cierto que desprovisto el generalísimo francés de medios y recursos, como habitualmente le sucedia, abandonó al fin del año (1711) el sitio y ataque de aquel castillo, con no poca pérdida de hombres y caballos, que así se malogró la última operacion de aquella campaña (1).

No fué tampoco muy viva este año la guerra de Portugal. Redújose á que los portugueses, mandados por el general Noronha, recobraran á Miranda de Duero (15 de marzo, 1711),

(1) Es muy curioso lo que acerca de este hecho cuenta don Melchor de Macanaz.

«El duque de Bandoma, dice, envió á pedir al rey cinco mil doblones, asegurándole que con ellos acabaria de rendir muy en breve este castillo: el rey me despachó un expreso en 26 de noviembre, ordenándome buscase á crédito este dinero, y se lo enviase al duque de Bandoma, y que hecho esto pasase al punto á la corte. La ciudad de Zaragoza me prestó este dinero, y al punto mismo lo pasé á disposicion del duque de Bandoma, y me fui á Madrid, á donde, de que llegué por la brevedad con que el rey me lo ordenaba, no creyó S. M. que hubiese podido haber recibido el orden; pero de que le aseguré que el dinero quedaba entregado se alegró mucho, y me dijo:—«Yo bien sé que este dinero se perderá, como el de» más que hasta aquí se ha enviado, y que el castillo no se tomará, y el ejército acabará de perecer; pero como ya no hay que temer á los enemigos no he querido disgustar al duque de Bandoma, sino es dejarlo hasta que reconozca que está engañado de los que tiene cerca de sí.»

»Y así fué, pues en fin del año abandonó el sitio y se retiró, habiendo muerto casi toda la caballería por falta de cebada, y padecido igualmente la infantería por la falta de pan; y destruido el reino de Aragón por haberle sacado despues de la cosecha setenta mil cahices de granos por fuerza, y con ellos todos los machos, mulas, caballos y demás bestias, que perecieron á manos de miqueletes, y con los malos tratos de los proveedores, á los cuales se les hubo de tolerar tanta maldad por no disgustar á Bandoma, siendo Mañani su secretario el que lograba la utilidad de todo, y tan temerario, que al pasar el ejército el puente de Lérida, á vista de todos él dió de palos al abad Alberoni, porque obraba tan mal en todo.»—Memorias manuscritas, cap. 181.

Estos asentistas y proveedores eran causa de que se viera siempre el ejército apurado y falto de todo, y de que nunca hubiera mayor desorden y despilfarro en la hacienda militar, consumiéndose sin provecho para la guerra lo que se sacaba á los pueblos, porque toda aquella gente medraba y prosperaba á la sombra de la bondad y del desinterés del duque de Vendome, y muy principalmente su secretario Mañani de quienes vivia lastimosamente engañado. Era Vendome un general entendidísimo en la guerra, pero que aborrecia ocuparse en los detalles de formacion, gobierno y subsistencias del ejército; tan desinteresado, y ya tan excesivamente descuidado en el gobierno económico de su casa y familia, que todos sus criados altos y bajos le robaban. Un día se le presentó uno de ellos pidiéndole licencia para retirarse: preguntándole su amo la causa, le respondió que habia observado que allí todos robaban, y que él no queria estar entre semejante gente: entonces el duque le replicó riendo: «Pues roba tú tambien, y no me prives de tus servicios.»

Cuenta Macanaz que en una ocasion le ordenó el rey facilitase dos mil doblones que el secretario de Vendome le dijo necesitaba su amo para salir á campaña. Macanaz vió al duque y le aseguró que tendria pronto el dinero, pero por via de anticipacion, porque los sueldos atrasados estaban todos satisfechos. Mostróse el duque sorprendido, diciendo que él no servia al rey de España por sueldo, que todo lo hacia á su costa, y que los dos mil doblones los pagaria en el término de veinte días. Ignoraba que desde que entró en España se le estaban pasando dos mil doblones mensuales, ciento cincuenta al secretario Mañani, ciento al capitán de guardias Cotron, y otros ciento para gastos de secretaria, además de las raciones y bagajes. Cuando se le informó de esto, manifestó que todas aquellas sumas habian sido robadas al rey, porque él costaba su gasto, el de la secretaria, secretario, capitán y bagajes; que no habia venido á servir por dinero, y que queria que todo se restituyese. Macanaz le indicó que convenidia constase todo esto por escrito; hizo así el de Vendome, y se dió parte al rey. Pero noticioso de ello el secretario Mañani, halló medio de informar que todo lo habia empleado y consumido en servicio de S. M., quedando el rey tan admirado de la extremada bondad del duque como de la refinada maldad del secretario.—Macanaz, Mem. ubi sup.

haciendo prisioneros unos seiscientos hombres que la guardaban. Intentaban después invadir la Extremadura, pero reforzado ya el marqués de Bay con los batallones y escuadrones que le envió el rey después de la batalla de Villaviciosa, detuvo al conde de Mascareñas que guiaba el ejército lusitano. Viéndose estuvieron ambos ejércitos por espacio de tres días (mayo), pero sin acometerse. Pasóse el resto de la primavera en movimientos sin resultado, hasta que llegado el estío se retiraron unos y otros á cuarteles de refresco. Esto no impidió que algunos destacamentos de Castilla hicieran incursiones en Portugal, y tomaran algunas fortalezas y villas, como Caravajales, la Puebla y Vimioso. Ni en el otoño hicieron otra cosa que estar mutuamente á la defensiva, y observar el uno los movimientos del otro.

Dejemos en este estado la guerra, y veamos ya lo que había acontecido en Zaragoza desde la llegada del rey, y las novedades y mudanzas que hubo en el gobierno.

A poco de llegar el rey á Zaragoza quiso tener en su compañía la reina y el príncipe, que, como sabemos, se hallaban en Vitoria juntamente con los Consejos. Estos tuvieron orden de restituirse á Madrid, y la reina se trasladó á la capital de Aragón, recibiendo en todas las poblaciones del tránsito toda especie de agasajos y toda clase de demostraciones de amor y de cariño. Las ciudades, villas y cabildos de Rioja y de Navarra, y á su ejemplo las de otras provincias, enviaron generosa y espontáneamente considerables donativos para atender á estos gastos y á las necesidades de la guerra. El rey salió á Calahorra á recibir á su esposa y su hijo, y juntos entraron en Zaragoza la tarde del 27 de enero (1711).

Dedicóse Felipe á organizar el gobierno militar, civil y económico del reino de Aragón. Dió la comandancia general al príncipe de Tilly, el gobierno interino de Zaragoza al mariscal de campo conde de Montemar, y la intendencia y administración general de las rentas á don Melchor Macanaz, con retención de los cargos que tenía en el reino de Valencia. Suspendióse la contribucion de la alcabala, y en su lugar se impuso un millón de pesos por vía de cuartel de invierno, dejando su repartimiento y cobranza á cargo de las justicias: se incorporaron á la corona todas las salinas del reino, que constituían la renta mas saneada y pingüe: hizoseles tomar el papel sellado á que antes se habían resistido; y además al tiempo de la cosecha se les sacaron hasta trescientas mil fanegas en trigo, cebada y otros granos, que el rey prometió admitirles en cuenta de contribuciones, pero que no se cumplió, antes se continuó en los años siguientes haciendo repartimientos, aunque algo menores, de granos y dinero.

Fórmose una junta ó tribunal llamado del *Real Erario*, compuesto de un presidente, que debía serlo el capitán general, y de ocho individuos, dos por cada uno de los brazos ó estamentos que antes componían las cortes, ó igual en número á la diputacion permanente de las mismas. Encomendóse á esta junta el reparto y recaudacion de los impuestos, de que no se eximia ninguna clase del Estado, ni aun los eclesiásticos, ni las comunidades religiosas de ambos sexos, aunque fuesen mendicantes: el rey fijaba las contribuciones, la junta no hacía sino distribuirlas y cobrarlas con arreglo á los fueros, pero no tenía manejo alguno en los caudales, ni había de hacer otra cosa que ponerlos todos en la tesorería á disposicion del intendente, que no daba cuentas á otro alguno sino á la persona del rey, lo cual se ordenó así por un decreto especial, que fué como una solemne derogacion de los fueros aragoneses (1).

En cuanto al orden judicial, después de haber estado algun tiempo indeciso, resolvió establecer (3 de abril, 1711), no una chancillería como antes, sino una audiencia conforme á la planta de la de Sevilla, con dos salas, una para lo civil y otra para lo criminal, bajo la presidencia del capitán general del reino. En los negocios civiles entre particulares fallaría la nueva audiencia con arreglo á los fueros y á la legislación particular de Aragón, pero en los que tocan directa ó indirectamente al rey ó al Estado, así como en las materias criminales, se había de regir el nuevo tribunal por las leyes y

(1) Macanaz, Memorias, c. 180 y 181.

el derecho de Castilla. Posteriormente en el mismo año se añadió otra sala para lo civil para nivelarla á la de Sevilla que tenía dos (2).

Pululaban en la corte de Zaragoza las rivalidades y las cábalas, ya entre los duques de Vendome y de Noailles, enemigo aquel de los duques de Borgoña y de Orleans, y afectísimo á Luis XIV y á Felipe V, representante este del partido francés contrario, y que trabajaba cuanto podía para hacer tiro, y si era posible para reemplazar al generalísimo del ejército español; ya de parte del conde de Aguilar, á quien se unia Vendome, y que miraba con aborrecimiento al duque de Osuna, á Grimaldo, y á todos los que eran del partido de la reina y de la princesa de los Ursinos, ó de cualquier modo no eran del suyo. Vióse también el intendente Macanaz denunciado como partícipe de los planes y manejos del conde de Aguilar, y costóle no pocos esfuerzos desengañar á la reina y al rey, y justificarse ante ellos. Representaron después contra él los individuos de la junta de Hacienda de Madrid (3), y aunque el rey le dió una honrosa satisfaccion nombrándole presidente de aquella misma junta en lugar del marqués de Campo Florido, cosa que resistió Macanaz por particulares razones, prodújole todavía aquella rivalidad serios disgustos, y fué ocasion de disidencias, así en Zaragoza como en Madrid, donde se vió obligado á venir (4).

En medio de estas intrigas cortesanas enfermó la reina en Zaragoza; una fiebre lenta la iba consumiendo, en términos de dar gravísimo cuidado al rey y muy serios temores á toda la nación: los dos médicos franceses que la asistían llegaron á manifestar que no tenían confianza alguna de salvarla; por fortuna dos facultativos de Zaragoza, á quienes se consultó, volvieron á su apenado esposo la esperanza y el consuelo, declarando no tener síntomas de tisis, que era lo que generalmente se recebaba ó suponía, y que aun podía curarse. Asombró á todos en esta ocasion el rey con las pruebas que dió de verdadero amor á su esposa, y digno se hizo de universal alabanza por el exquisito esmero, interés y asiduidad con que acompañaba y asistía á la augusta enferma, durmiendo mucho tiempo en su mismo lecho, hasta que por formal mandamiento del confesor, que le representó los males que de ello á uno y á otro podían seguirse, accedió á mudar su cama á la pieza inmediata (5). Luego que la reina comenzó á

(2) Decretos de 3 de abril en Zaragoza, y de 12 de setiembre en Corella.—Belando, en el cap. 87 de su Historia civil, copia el oficio que con esta última disposicion pasó al príncipe de Tilly el secretario del despacho don José de Grimaldo.—Este funcionario estuvo algun tiempo separado del ejercicio de su empleo, porque Vendome y el conde de Aguilar le miraban como muy apasionado de la reina y de la princesa de los Ursinos, con quienes el de Aguilar no acababa de reconciliarse, despachando entre tanto el marqués de Castelar. Pero las intrigas del de Aguilar, así contra Grimaldo como contra el duque de Osuna, á quien tuvo siempre encono, se fueron deshaciendo, y volvió aquel al ejercicio de su secretaría del despacho universal.

(3) Eran estos el marqués de Campo Florido, el de Bedmar, el conde de Aguilar y don Francisco Ronquillo.

(4) El mismo Macanaz cuenta muchos pormenores de estos incidentes en los capítulos 180 y 181 de sus Memorias manuscritas, tom. XI.

(5) William Coxe, en su *España bajo el reinado de la casa de Borbon*, atribuye el consejo ó prescripcion de esta medida, no al confesor, sino al duque de Noailles, y añade que propuso al rey, «debía tomar por manceba una de las damas de la servidumbre de la reina.»—«Proposicion tan indecorosa, dice, no podía menos de lastimar en lo mas hondo de su pecho á un príncipe de costumbres tan severas como Felipe, y que guiado por los principios religiosos y por el amor que á su mujer profesaba, en todos tiempos había conservado una fidelidad inviolable al tálamo nupcial. No solamente le irritó esto, sino que al punto fué á contarle á la reina y á la princesa de los Ursinos. Indignése la reina, y con razon, de semejante ofensa, y en el momento lo escribió á la hermana del duque de Borgoña, quien lo refirió á la Maintenon y á toda la corte de Versalles, de donde la galantería estaba ya desterrada, y donde no tuvo mejor acogida la proposicion de Noailles que en Madrid. Se dió por lo mismo orden á Noailles para que se volviera á Francia, y Aguilar perdió todos sus empleos civiles y militares, y fué desterrado de la corte. Hubo mucho cuidado en que no se descubriese la causa de este cambio, y se dió por pretexto de esta caída la mala salud de Noailles, y se supuso que las medidas tomadas contra Aguilar tenían por causa las disputas de este personaje con Vendome. Nadie descubrió este misterio mas que San Simon, el cual, como es notorio, tenía un diario en que escribía todas las

experimentar un ligero alivio, determinóse que mudase de aires, y se eligió para su convalecencia la ciudad de Corella, en Navarra. Su estado de extenuacion hizo necesario conducirla acostada en una carroza, y con ella se trasladó la familia real y toda la corte (12 de junio, 1711). Probóse, en efecto, aquella estancia, en la cual pasaron todo el estío; y de tal modo se robusteció, que cuando se acordó en el mes de octubre volviere la corte al real sitio de Aranjuez, habíase advertido ya en la reina señales inequívocas de embarazo. Publicóse la nueva de tan fausto suceso en aquel real sitio, y á los pocos días vinieron los reyes á Madrid (14 de noviembre, 1711), siendo recibidos con iguales ó mayores demostraciones de amor y de júbilo con que en todas ocasiones había solemnizado esta leal poblacion la entrada de unos soberanos por quienes estaba haciendo la nacion tan heroicos y tan espontáneos sacrificios.

Tales fueron los principales sucesos que dentro de la Península ocurrieron en los dos años que abarca este capítulo. Digamos algo del aspecto que en lo exterior presentaba la guerra de la sucesion española, de la situacion respectiva de las diferentes potencias, y de los primeros pasos que se estaban dando para el arreglo de la paz.

Mucho dependia el éxito de la guerra de la lucha empeñada en los Países Bajos, y la campaña de 1710 había sido allí fatal á la Francia. Los aliados habían añadido á sus conquistas las plazas de Douai, Bethune, Saint-Venant y Aire; y rota la frontera de Francia, otra campaña igualmente feliz habría puesto á Luis XIV en la necesidad de recibir á las puertas de la capital de su reino las condiciones de paz que quisiesen imponerle. Mas cuando la Francia se hallaba en su mayor abatimiento, los triunfos de Felipe V en España, la muerte del emperador de Alemania y el llamamiento del archiduque, los celos que se despertaron entre los confederados, y el cambio de política de la reina Ana de Inglaterra, pusieron estorbo á las operaciones militares, y salvaron á Francia en los momentos mas críticos.

La reina Ana, que no había heredado de Guillermo la animosidad política ni personal contra la Francia ni contra su soberano, y que deseaba ardientemente restablecer en el solio á su destronada familia, dispuso las cosas de su reino del modo mas conveniente á este fin y al de entablar negociaciones particulares y secretas de paz con Francia, tomando entre otras medidas la de hacer secretario de Estado al lord Boling-

anécotas palaciegas, y á quien nada gustaba tanto como las ocurrencias escandalosas.—Coxe, cap. 19.

Nosotros creemos que la anécdota se resiente de este gusto de San Simon por las ocurrencias escandalosas. Sobre parecidos inverosímil la proposicion que se atribuye á Noailles, está en contradiccion con lo que nos refieren los escritores españoles que se hallaban en la corte y estaban bien informados de lo que en ella pasaba. Además Noailles no era amigo del conde de Aguilar; el amigo de Aguilar era Vendome, y justamente Noailles era del partido opuesto. En el retiro del de Aguilar influyeron causas bien diferentes, y que nosotros hemos apuntado. Y mal se concierta el haberse ocultado este hecho y no haber descubierto el misterio nadie mas que San Simon, con la publicidad que supone el haberlo dicho á la reina, á la de los Ursinos, á la hermana del de Borgoña, á la Maintenon, á toda la corte de Versalles, y con el efecto que se dice haber hecho en Versalles y en Madrid. Incompatible es esta publicidad con aquel misterio.

No es ciertamente William Coxe el historiador que muestra hallarse mejor informado de lo que en este reinado acontecia dentro de España. Conoció bastante lo exterior, pues da indicios de haber visto mucha correspondencia diplomática, y también se fió mucho de las comunicaciones y de los informes que de aquí dirigían los embajadores y generales extranjeros. De los escritores españoles contemporáneos apenas parece haber conocido mas que al marqués de San Felipe, único que suele citar, y no pocas veces sin exactitud. Así incurre en varios errores: sin salir, por ejemplo, de su capítulo 8.º, comete varios en la relacion de la batalla de Villaviciosa, y asegura que en realidad la ganó Staremberg.—que los tribunales se trasladaron de Valladolid á Vitoria, y la reina fijó su residencia en Corella en cuanto Felipe tomó el mando del ejército, siendo así que no fué á Corella sino después de haber estado en Zaragoza.—que cuando el rey fué á Zaragoza había llegado ya la reina con su séquito, siendo así que el rey salió de Zaragoza á recibirla á Calahorra, como que Felipe estaba allí desde el 4 de enero, y la reina no llegó hasta el 27, etc. No nos detenemos á notar otras inexactitudes del historiador inglés.

broke, conocido por su inclinacion á la Francia y por su odio á todo lo que fuese austriaco: de modo que decia con razon el ministro francés Torey: «Lo que hemos perdido en los Países Bajos, lo hallamos en Londres.» Así, con sus nuevos ministros y con la cooperacion del parlamento pensó en disolver la grande alianza, y entró en negociaciones con Luis XIV. Las bases que el francés propuso, aunque vagas, pues solo se referian á la seguridad del comercio de Inglaterra en España y las Indias, fueron aceptadas por el ministerio inglés. Respecto á Holanda manifestó deseos de que Inglaterra fuese la mediadora; y estaba dispuesto á hacer concesiones comerciales á los holandeses, y á ceder el País Bajo español al Elector de Baviera. Sobre estas bases se abrieron las conferencias para la paz. La dificultad estaba en el rey de España, y en la reina, y en la princesa de los Ursinos, y en los ministros, y en el pueblo, que todos se sublevaban á la idea de una desmembracion de la monarquía; y fieros con los recientes triunfos, y aborreciendo cada vez mas á los extranjeros, preferían renunciar á la amistad de Francia á sucumbir á cesiones humillantes, por mucho que desearan la paz, y por mucho que quisieran la union de las dos naciones.

Sin embargo, todavía dió Felipe plenos poderes al marqués de Bonnac, que había reemplazado á Noailles como enviado extraordinario del rey Cristianísimo, para que autorizase á este monarca á tratar con los ingleses de la restitucion de Gibraltar y de Menorca, y la concesion de lo que llamaban el *asiento* (1), con un puerto en América para la seguridad de su comercio. Pero alzóse llena de indignacion la corte de España cuando supo que Luis XIV, excediéndose de la autorizacion, concedía á los ingleses hasta cuatro plazas en las Indias, y la ocupacion de Cádiz por una garnicion suiza para asegurar la ejecucion del tratado del asiento. Felipe V declaró indignado que jamás consentiría en una proposicion que le privaria de Cádiz y arruinaria el comercio de América. Al fin se fijaron y firmaron los preliminares para la paz entre Francia é Inglaterra, los cuales encerraban el reconocimiento de la reina Ana y de la sucesion protestante; la demolicion de Dunkerque; la cesion á los ingleses de Gibraltar, Menorca y San Cristóbal; el pacto para el tráfico de negros por treinta años, en los mismos términos que lo habían tenido los franceses; privilegios para el comercio inglés en España iguales á los que se habían concedido á aquellos, y una parte de territorio para escala de la trata en las orillas del rio de la Plata. Respecto á las demás potencias de la confederacion, se ofrecia la cesion de los Países Bajos al de Baviera, formar en ellos una barrera para los holandeses, y otra para el imperio de Austria en el Rhin. Pero nada se decia del punto principal de la cuestion, que era impedir la reunion de las dos coronas de Francia y España en una misma persona.

Resentíase todavía el orgullo del monarca español de la insistencia en obligarle á ceder los Países Bajos, y sentíase sobre todo humillado de que sus plenipotenciarios no tuviesen parte en unas conferencias en que se trataba de la suerte de España: «¿Qué pensarán mis súbditos, decia á Bonnac, si ven que los intereses de la monarquía se ponen únicamente en manos de los ministros de Francia?—Pensarán, contestó el diplomático, que si V. M. confía en el rey, su abuelo, para continuar la guerra, también puede sin desdoro entregarse á él para la conclusion de la paz.» Y á las observaciones del ministro Berqueick respondía, que tampoco en la paz de Ryswick habían

(1) Era el *Asiento de Negros* cierto empeño con que se obligaban por algun tiempo los franceses, ingleses ó otros, á poner un número de negros tomados de Africa en la América española y otras provincias para el servicio de sus colonias.

La primera patente para la importacion de negros en las posesiones españolas de Ultramar se concedió á los flamencos en 1517. De resulta de atentados que mas adelante cometieron contra los españoles, entre ellos el de asesinar al gobernador de Santo Domingo, se prohibió completamente la trata en 1580. Pero luego se volvió á conceder á los genoveses para que con su producto se fuesen reintegrando de las sumas anticipadas á Felipe II para los gastos de la armada invencible, que los apuros del erario no permitian satisfacer: gozaron los genoveses de este privilegio hasta 1646. Compráronle mas tarde dos alemanes. Después le tuvieron sucesivamente los portugueses y los franceses, y por último en estos preliminares para la paz general se daba á los ingleses.